

PROGRAMA HISTORICO DE LA MEDICINA EN EL ESTADO DE JALISCO¹

DR. LUIS FARAH²

ERA TAN POBRE Guadalajara al principio, que ningún médico pudo sostenerse en ella durante los primeros 100 años que siguieron a su fundación. Urgidos por la necesidad de contar con auxilios médicos, se juntaron oidores, canónigos, regidores y algunos vecinos, para reunir el dinero que dieron en iguala al Dr. don Juan de la Vera, para que los curase a ellos, y sin estipendio alguno, a los pobres de solemnidad.¹ Por algún tiempo fue el único médico radicado en la capital del dilatado Reino de la Nueva Galicia.

Nada interesante registró la historia médica de la tranquila ciudad en los años siguientes, hasta que llegó el año del hambre, que así fue llamado, el de 1786. Una helada intempestiva hizo perder las cosechas y sobrevino la plaga del hambre acompañada de una terrible epidemia, que causó muchas víctimas entre la pobreza. Casi todos los días eran sepultados alrededor de 50 muertos, pero hubo días en que pasaran de cien.² El camposanto, el hospital de San Miguel y la iglesia del mismo nombre, ocupaban la reducida

área de la manzana en que ahora está el Mercado Corona. Por el aumento de la población quedaron situados en la parte más céntrica de la ciudad, facilitando así el contagio de la peste entre el vecindario, y la epidemia continuaba por muchos meses sin que la pudieran contener.

El caritativo Obispo de Guadalajara, Fray Antonio Alcalde, vio con claridad que para dominar la peste era preciso el cambio del camposanto y del hospital a las afueras de la población. Con gran desprendimiento ofreció construir, de su propio peculio, un nuevo hospital que pudiera dar albergue a mil enfermos, y aún más, en caso de emergencia. Con la mayor celeridad posible se construyeron, en una amplia extensión de terreno, el Hospital de Belén con su templo y el panteón de Belén. Al poniente del Hospital hizo fincar a sus expensas, 158 casas en 4 manzanas, para que los obreros tuvieran casas de poca renta que eran conocidas con el nombre de "las casitas", y sus productos se destinaron al sostenimiento del Hospital.

En esa época la capital de Nueva Galicia era una modesta población de 35,000 habitantes y que permanecía

¹ Conferencia magistral sustentada en la X Jornada Médica Nacional (Guadalajara, febrero de 1967).

² Universidad de Guadalajara, México.

en gran aislamiento.³ No tenía tradición cultural, y su deficiente instrucción elemental se agravó con el cierre de los colegios de Santo Tomás y de San Juan, a raíz de la expulsión de los jesuitas. El Ilmo. Fray Antonio fomentó la instrucción con la apertura de varias escuelas de primeras letras y con la reapertura de los colegios de los padres expulsos. En repetidas instancias rogó al Rey de España que permitiera la fundación de una universidad en Guadalajara, y para inclinar favorablemente la decisión real, hizo un donativo anticipado de veinte mil pesos para ayudar al sostenimiento de las cátedras.⁴ Por fin accedió Carlos IV y expidió una Cédula Real, ordenando la fundación de la Universidad de Guadalajara, que fue inaugurada el año de 1792, año en que murió el santo varón, quien después de haber erogado solamente en la construcción del Hospital más de 275,000 pesos,⁵ dejó al morir la mísera suma de 260 pesos, en lo que fueron valoradas todas sus pertenencias.

En una de las cláusulas de la Universidad estaba el ordenamiento de que ahí se impartiera una cátedra de Medicina y otra de Cirugía, debiendo ser dotadas cada una con 300 pesos anuales. Así empezó la Facultad de Medicina que fue instalada en el Hospital Belén, del que se expresó don Mariano Otero 50 años después, diciendo: "Ese magnífico hospital por su grandeza y extensión, no tiene rival ni en la capital de la República".⁶ La Universidad y, por lo tanto, la incipiente Facultad fueron creadas por las gestiones de Fray Antonio. Aquí pue-

de situarse el nacimiento de la Medicina de la Provincia de la Nueva Galicia, que después de mutilada, se llamó el Estado de Jalisco. Su fundador fue un verdadero santo y con su santidad marcó el camino que habrían de seguir los que se doctoraron en esa Facultad. Al finalizar el siglo dieciocho, quedó organizada la carrera profesional que debería ser cursada a imitación de la Universidad de Salamanca, en 4 años, 2 años de prima y 2 años de vísperas.

La enseñanza de la medicina, al principiar el siglo XIX, era fundamentalmente escolástica. En los albores de la Revolución de Independencia, al germinar las ideas de libertad, algunos estudiantes quisieron superar los estrechos límites de la medicina escolástica. Cuando sustentó su examen profesional don Valentín Gómez Farías, en el año de 1807, cayó en cuenta el jurado que el examinado había leído libros franceses de medicina que estaban prohibidos; recibió el título de doctor, y se trasladó a la ciudad de Aguascalientes a ejercer su profesión. En ese lugar comenzaron sus actividades políticas que tuvieron su culminación en la Presidencia de la República y en la Presidencia del Congreso Constituyente de 1857.

Poco después de la consumación de la Independencia, recibió la borla del doctorado el talentoso Dr. Dn. Pablo Gutiérrez. Con el afán de adquirir nuevos conocimientos, se dirigió a la ciudad de París donde permaneció durante 3 años, y a su regreso recibió el nombramiento de profesor de Anatomía y Cirugía. En ese tiempo todavía

se estudiaba la Anatomía en láminas y dibujos, y la Cirugía únicamente en los libros. Tuvo que luchar denodadamente contra los prejuicios sociales que consideraban que era una profanación el hecho de abrir un cadáver. Todavía prevalecían las ideas de los hombres de la Nueva España, que no permitieron las disecciones anatómicas por respeto a los muertos; pero no demostraron ese respeto cuando descuartizaron el cuerpo del caudillo insurgente Dn. José Antonio Torres, y cada cuarto del amo Torres, como le llamaban sus gentes, fue exhibido en cuatro distintos lugares públicos de la ciudad.⁷ El Dr. Gutiérrez se dirigió al gobierno, demostrando que sin la práctica en cadáveres, el aprendizaje de las ciencias médicas sería imposible. Sus deseos fueron cumplimentados con la construcción, en el año de 1837, de un anfiteatro para la enseñanza de la Anatomía, que es la base fundamental en que descansa la enseñanza de la Medicina y de la Cirugía. El Dr. Dn. Pablo Gutiérrez, atendía con esmero a sus pacientes del Hospital,⁸ y por su humanitaria labor profesional fue altamente estimado por la sociedad tapatía. Al morir fue declarado benemérito por el Congreso del Estado.

A mediados del siglo, ocupó la cátedra de Farmacología el joven Dr. Dn. Leonardo Oliva, quien gozaba de gran prestigio por sus fecundas investigaciones de la flora de Jalisco. Como en esa época la mayoría de los medicamentos eran de origen vegetal, propuso la fundación de un jardín botánico enfrente del Hospital de Belén,

para cultivar las plantas medicinales que requerían los enfermos y para adiestrar a los estudiantes que cursaban la asignatura. En 1853 publicó un tratado de Farmacología en dos tomos. Años después, el Sr. Dn. Teodoro Kunhardt trajo de Alemania un profesor para encargarle la instrucción de sus hijos. Dicho profesor, que tenía grandes conocimientos de botánica, quiso ser presentado con el Dr. Oliva para tener un intercambio científico; como el profesor no entendía el español, ni el Dr. Oliva el alemán, tuvieron que conversar en latín. Tan importantes y originales le parecieron las investigaciones del sabio tapatío, que las dio a conocer en los círculos intelectuales de Alemania. La Universidad de Leipzig lo invitó para que impartiera la cátedra de Botánica, y desde Guadalajara estuvo dictando sus clases en el idioma de Virgilio. Publicó en latín la Historia Antigua de Jalisco. Cuando murió, en la Universidad de Leipzig se erigió una estatua en su memoria que lo consagró como uno de los más eminentes botánicos de su tiempo.⁹ En Guadalajara su muerte pasó casi desapercibida; el Dr. Reyes G. Flores, que estaba encargado del jardín botánico, cubrió la cátedra que quedó vacante por la desaparición del sabio profesor.

Su hijo, el Dr. Dn. Juan C. Oliva, consagró su vida al estudio y a la enseñanza de las Ciencias Naturales, sobresaliendo por sus investigaciones en Cristalografía y sus trabajos en Botánica;¹⁰ pacientemente logró reunir una magnífica colección de minerales y de preparaciones botánicas. En la Escuela

de Medicina fue profesor de Bacteriología y de Parasitología. Por sus ideas políticas y religiosas fue separado de la docencia a la entrada de las fuerzas constitucionalistas; pasó los últimos años de su vida pobre y olvidado. Resentido por la conducta de sus contemporáneos dispuso que después de su muerte, el rico acervo del material científico legado por su padre y el suyo propio, se entregara a la Smithsonian Institution.

El culto Dr. Dn. Silverio García estuvo encargado de impartir la cátedra de Terapéutica y Materia Médica. Tuvo una larga vida y por muchos años fue pintoresco y era llamado don Silverito, por afecto. Fue de humilde cuna, nació en la Sala de Maternidad, cuando su padre era conserje del Hospital de Belén. Por eso solía decir que él tenía semejanza con Jesucristo porque ambos habían nacido en Belén.

En los últimos decenios del siglo, el médico más ilustre y destacado de la Escuela de Medicina, fue el Dr. Dn. Fortunato G. Arce. Era un clínico consumado, desinteresado en absoluto, de cultura enciclopédica y de fácil palabra, por lo que dejó honda huella en sus numerosos discípulos. Al comienzo de la era listeriana de la antisepsia, atraído por la novedad de sus conceptos, encaminó sus actividades preferentemente a la cirugía general y a la cirugía de algunas especialidades. Dedicó la mayor parte de su tiempo a la atención de los enfermos del Hospital, y siendo el médico de los ricos de Guadalajara, murió pobre. La calle del Hospital por mucho tiempo llevó su nombre, y últimamente fue cambiado

a una calle de otro sector de la ciudad.

Entre los discípulos del Dr. Arce se distinguió el Dr. Dn. Antonio Ayala Ríos, que recibió el título de Médico Cirujano en 1879. Por segunda vez estudió la carrera en la Facultad de París, donde recibió el título de Doctor en Medicina con mención honorífica en 1886. Le tocó presenciar el paso de la antisepsia a la asepsia en la ejecución de las intervenciones quirúrgicas cuando visitó las clínicas de las principales capitales europeas. Cuando regresó a Guadalajara encontró gran oposición entre cirujanos al ver que pretendía operar sin el auxilio de pulverizaciones y compresas impregnadas de ácido fénico. Practicó su primera histerectomía abdominal, en 1888, con éxito completo. Sus resultados convencieron a los incrédulos y en 1894 fue encargado de la clase de Clínica Externa y Ginecología, por lo que pudo acondicionar las salas de operaciones del Hospital Civil, para ejecutar solamente operaciones asépticas en lo sucesivo.¹¹ Entre los alumnos que siguieron su huella, surgieron eminentes cirujanos, siendo uno de los más notables, el Dr. Dn. Alejandro Garcia-diego.

Entre el grupo de médicos de extraordinaria capacidad del siglo XIX, los Drs. Antonio Arias, Salvador Garcia-diego, Juan Valdés, Perfecto Bustamante, Miguel Mendoza López, Enrique Pérez Arce, además de los ya citados son recordados porque las salas del Hospital llevan sus nombres con toda justicia. En aquel tiempo la enorme mayoría de los médicos radicados en las poblaciones jaliscienses

habían egresado de la Escuela de Medicina con sede en el Hospital de Belén; desde sus tiempos de estudiantes respetaban a sus profesores y trataban de imitarlos hasta en su manera de vestir, de hablar y de conducirse; por ese motivo la historia de la Medicina en Jalisco se confunde con la historia de la institución que los preparó para el debido cumplimiento del ejercicio profesional.

En los últimos años del siglo sustentó su examen de recepción el eximio poeta Dr. Enrique González Martínez, quien nos refiere sus reminiscencias de su vida de estudiante en materia de ética profesional con estas palabras: "Entre los profesores de la Escuela y entre los médicos de la calle, había de todo: inteligentes y tontos, sabios e ignorantes; pero no había quien a sabiendas, faltara a las reglas de conducta que imponía el apostolado profesional, a la abnegación y al desinterés que se exigía a los médicos como un voto perpetuo".¹² La característica que imprimió Fray Antonio Alcalde a la Medicina de Jalisco, en su principio, todavía permanece incólume.

Al finalizar el siglo de las luces recibió su título de médico el Dr. Mariano Azuela. En la época revolucionaria se incorporó al regimiento del general villista Julián Medina que llegó a ser Gobernador del Estado sin saber leer todavía; en ese tiempo el Dr. Azuela fue Director de Instrucción Pública del Estado y fue en esa época cuando escribió "Los de Abajo", la novela mexicana que ha tenido mayor número de ediciones, y que ha sido traducida a más de seis idiomas.¹³

La intelectualidad de Jalisco, entre la que contaron muchos médicos, tuvo una influencia decisiva en los destinos de México en la segunda mitad del siglo XIX. En los primeros años del siglo XX, en la iniciación de la Revolución Mexicana, se apreció una declinación de los valores intelectuales. El insigne historiador Dn. Luis Pérez Verdía lo lamentó diciendo: "Quiera Dios volver a Jalisco la hegemonía intelectual de la República y con ella las virtudes cívicas de que dieron tantas muestras nuestros antecesores..."¹⁴

En los dos primeros decenios del siglo actual, una de las enfermedades más comunes era la histeria; en los servicios de mujeres del Hospital Civil, que desde entonces así fue llamado el Hospital de Belén, el diagnóstico de histeria se anotaba con mucha frecuencia en las ordenatas, que fueron las precursoras de las actuales historias clínicas. El profesor de la Clínica Interna nos daba a conocer muchos signos y maneras de diferenciar las parálisis, mutismos, cegueras y ataques convulsivos de los correspondientes de causa orgánica. El hipnotismo era empleado en el tratamiento de las múltiples manifestaciones de la histeria, para la supresión de los dolores y también para inducir la anestesia en cirugía menor. Un médico del Hospital se ufana de que podía suprimir la mayoría de los dolores con el hipnotismo, y sólo por excepción recurría a los analgésicos. A veces se veía cómo cesaba un ataque de gran histeria con el simple mandato del médico del servicio. La sugestión hipnótica se empleaba en otras indicaciones. De pron-

to, después de la primera guerra mundial, la histeria desapareció junto con el hipnotismo. En París dijo Janet: "el hipnotismo está bien muerto... hasta que resucite".¹⁵ En la ciudad de México el hipnotismo ya resucitó.

En el primer decenio del siglo actual, la Escuela de Medicina y el Hospital, siguieron el mismo curso que le habían dado los profesores que alcanzaron fama en el pasado siglo. En la época de la revolución, su dirección estuvo a cargo del Dr. Fernando Banda, cuando la ciudad estaba en poder de los carrancistas; y del Dr. Antonio Ayala Ríos, cuando los villistas ocupaban la plaza. La subdirección permaneció invariablemente en manos del Dr. Jesús Delgadillo Araujo, quien tenía la obligación de vivir dentro del Hospital, para vigilar día y noche su buena marcha. Tenía un sueldo de ocho pesos diarios, que le eran pagados en bilimbiques de poco valor, y como siempre hablaba del cumplimiento del deber, nunca abandonó el puesto; convivió constantemente con los internos y estudiantes que le llamaban el Maestro, por antonomasia. En ese tiempo sobresalieron el Dr. Luis González Aréchiga, que introdujo los análisis serológicos, microscópicos y bacteriológicos en el laboratorio clínico; el Dr. Juan Campos Kunhardt, que se destacó por su talento y su intuición clínica; el Dr. Juan Salazar por su gran desinterés y su don de maestro; el Dr. Joaquín Baeza Alzaga, que fue llamado el apóstol de la vacuna y fundador del Instituto Vacunógeno; el Dr. Enrique Camarena, que consagró sus actividades a la Medicina Legal;

impartía esa asignatura y la Deontología teórica, porque la práctica la enseñaban todos los maestros con su ejemplo vivo.

Los tiempos fueron cambiando y se notó la primera excepción: un profesor de recién ingreso a la Escuela, compró uno de los primeros aparatos de Rayos X, que le servía entre, otras cosas, para ocntar cuántos pesos fuertes llevaban consigo los enfermos; y como los pueblerinos cargaban su dinero en el fajo hueco que sujetaba el pantalón, podía hacer la cuenta con mucha precisión.

En la carrera de Medicina se estudiaban exclusivamente libros de texto en Francés, y París era la ciudad a donde se dirigían los graduados que deseaban profundizar sus conocimientos en alguna de las ramas de la Medicina; en el presupuesto de egresos había una partida para enviar anualmente a un médico a especializarse en la Universidad de París, por iniciativa del Gobernador del Estado José G. Zuno, en 1923. A pesar de la cercanía de los Estados Unidos, los médicos no pensaban que fuera conveniente realizar sus estudios de perfeccionamiento en esa nación, por estimarse que era un país subdesarrollado en materias médicas y culturales. Después de la primera guerra mundial, muchos médicos eminentes y científicos de fama reconocida abandonaron la Europa empobrecida, para ir en busca de un campo más amplio de investigación a las universidades americanas. En ese tiempo comenzó la construcción de nuevos hospitales en gran escala, que organizados con el talento práctico pe-

culiar de los norteamericanos, hicieron que la Medicina progresara con rapidez y por el prestigio que alcanzó, muchos médicos se encaminaron para ampliar sus conocimientos. El Dr. Ignacio Chávez, de la Escuela de Medicina de Guadalajara, fue el primer médico jalisciense que hizo estudios de postgraduado en el vecino país. El éxito profesional y científico que alcanzó a su regreso, sirvió de estímulo y de ejemplo a los médicos jóvenes que cada vez en mayor número van a perfeccionarse a las universidades del país vecino. Nuestra terminología médica, que estaba plagada de galicismos, comenzó a contaminarse de anglicismos.

Los vaivenes constantes de las revoluciones de la mayor parte del pasado siglo y de una parte del presente, con los consiguientes cambios de partidos y facciones que se apoderaron del poder, no lograron dividir al grupo de médicos que tenían a su cargo el Hospital con su Escuela. Entre los médicos había ideologías diferentes, pero los mantenían unidos la tradición y el apego al Hospital. En el año de 1935, el Gobernador del Estado, que por ley era el jefe del Departamento Universitario, ordenó que la Universidad impartiera la enseñanza socialista. Un grupo de universitarios estuvo en desacuerdo y se separó para fundar la Universidad Autónoma de Guadalajara. Su primer rector fue el Dr. Fernando Banda y lo fue vitalicio. Era un cirujano de esclarecido talento que ocupó la Presidencia del Senado de la República en la época de don Venustiano Carranza, y Rector de la Uni-

versidad de Guadalajara, en el gobierno de José G. Zuno.

El único cambio que tuvo la Escuela de Medicina en los 12 años que duró el epíteto de socialista fue que en ese tiempo se llamó Instituto de Ciencias Médicas y Biológicas. La dirección de ese plantel estuvo a cargo del Dr. Roberto Mendiola, quien realizó una labor meritoria: por su esfuerzo y por su iniciativa fue modificado el plan de enseñanza, fueron construidos los laboratorios de Bioquímica, de Fisiología y de Patología y también el nuevo edificio de la Facultad, y otras obras importantes.

Por esos años se había iniciado en la capital la creación del magno Centro Médico. En 1943 fue inaugurado el Hospital Infantil, y poco después el Instituto Nacional de Cardiología y el Hospital de la Nutrición.¹⁶ El gran prestigio de los nuevos hospitales capitalinos atrajo a un numeroso grupo de médicos recién graduados, que en ellos hicieron el internado y lograron su especialización.

El rápido y enorme desarrollo que han tenido los conocimientos médicos desde la terminación de la segunda guerra mundial, ha fragmentado el ejercicio de la medicina en numerosas especialidades y subespecialidades. El tipo del médico enciclopédico de antaño ha desaparecido ante la imposibilidad de abarcar la suma de los conocimientos actuales y que aumentan de día en día. Ya no se acepta un diagnóstico si no está respaldado con análisis paraclínicos y con estudios radiográficos. Las especialidades requieren aparatos y técnicas que son constante-

mente renovadas, y otro aprendizaje diferente del que siguieron nuestras Facultades.

Los médicos que quieren seguir el camino de la especialización tienen que salir de la ciudad, lo cual implica gastos. Las exigencias de la vida actual son cada vez mayores y para solventarlas se necesitan ingresos proporcionalmente elevados. Por ese motivo los médicos del Hospital se inconformaron al igual que los médicos de la Cruz Roja y de otras instituciones benéficas, con recibir sueldos simbólicos; y para presionar a las autoridades a pagarles decorosamente, suspendieron temporalmente los servicios hospitalarios, atendiendo exclusivamente los casos de emergencia y éstos con mejor retribución. No duró mucho la desatención de enfermos reclusos en el Hospital, porque se aprobó la tabulación hora/mes que el personal exigió. Hay que reconocer que con el aumento de los salarios han mejorado los servicios del Hospital, aun cuando su tradición se va perdiendo. En el frontispicio de la puerta del Hospital está grabada esta inscripción: "Fray Antonio Alcalde, a la Humanidad Doliente". En la fachada del Hospital se plantaron árboles de ornato, y los que crecieron a los lados de la puerta, con su frondoso ramaje han cubierto esas palabras que evocan la ardiente caridad de su esclarecido fundador.

En fechas todavía no muy lejanas, los médicos de la ciudad luchaban con enfermedades venéreas, tuberculosis, paludismo y tifoidea. Se comentaba que era muy honroso para la profesión médica, trabajar contra sus propios in-

tereses, porque se suponía que al erradicar estos padecimientos disminuirían sus ingresos y el trabajo profesional; pero ocurrió lo contrario: la falta de estos enfermos se compensó con la asistencia de personas que deseaban una revisión general de su organismo para cerciorarse de estar en perfecto estado de salud; y como la prensa informa con frecuencia de los milagros realizados por la medicina científica, permiten que se les practiquen análisis y exploraciones de toda índole, por la creencia casi mística, en una ciencia omnipotente.

Guadalajara se ha transformado en pocos años en la ciudad opulenta que hoy contemplamos, y para seguir el ritmo de su progreso acelerado, se han abierto nuevos hospitales y sanatorios totalmente modernizados. Un gran número de médicos han preferido el camino de la especialización y del ejercicio de la profesión en grupos en lugar del ejercicio individual, para ofrecer a sus pacientes reconocimientos más completos, meticulosos y colectivos. El Instituto Mexicano del Seguro Social ha construido excelentes y espaciosas clínicas, dotadas de modernas instalaciones y laboratorios para el servicio de las diferentes especialidades, y además equipos de investigación para cooperar al progreso de la Medicina. En otras poblaciones del estado se observa un afán de superación, y tienden a la división del trabajo en forma de especialidades, cuando sus medios locales lo permiten.

Hay pocos laboratorios de investigación en Jalisco. Se ha distinguido el Instituto que para el estudio de las en-

fermedades infecciosas fue creado por el Dr. Francisco Ruiz Sánchez en los años de los 40. Los trabajos de este incesante investigador fueron publicados en la capital y muchos de ellos vertidos al inglés. Sus estudios son citados en la bibliografía de libros y anuarios de medicina americanos; después de su reciente y prematuro deceso, su hermano, el Dr. Amado Ruiz Sánchez, ha proseguido al frente de la investigación en Infectología. Otro investigador de fama internacional es el Dr. Alfonso Topete, cuyos trabajos de Cirugía Experimental, por su originalidad y su aplicación ulterior a la cirugía humana, han circulado en la República y en el extranjero; la mayoría de sus artículos, escritos en inglés, se han publicado en las principales revistas de Cirugía, editadas en ese idioma. En los modernos laboratorios de enseñanza, también se realizan trabajos de investigación, que no han rebasado las fronteras por la limitación de los medios disponibles y por la falta de técnicos en las ciencias auxiliares de la Medicina.

La tendencia actual de la profesión médica jalisciense es imitar la práctica de los centros más avanzados y prestigiados. Por eso se han aumentado los laboratorios de análisis clínicos, algunos de los cuales se limitan a practicar los exámenes de una sola especialidad; los radiólogos ejecutan técnicas avanzadas con gran habilidad, y se han adiestrado muchos técnicos en la práctica de las especialidades. La tecnocracia ha tomado la dirección del ejercicio profesional, lo mismo aquí que en otros lugares. Se ha reprochado a la medicina

moderna mantener el predominio del análisis sobre la síntesis, y pedir cada vez más a la instrumentación y cada vez menos al trabajo del pensamiento. Quedó atrás el tiempo en que se estimaba la intuición médica, el ojo clínico y la experiencia, porque a veces esto se olvida ante los resultados espectaculares de una nueva técnica.

Con el exuberante número de pruebas de laboratorio y de exámenes paraclínicos de toda índole, el médico que debe formular el diagnóstico y aunque tenga un amplio conocimiento de la medicina en general, no puede justipreciar el alcance de la valorización de todos los métodos de la ejecución de los análisis que se le entregan para integrar el diagnóstico. La causa más común de fallar en el diagnóstico de una enfermedad es no pensar en ella; y con la multitud de datos acumulados por las pruebas laboratoriales, se pueden olvidar los obtenidos a la cabecera del enfermo. Para vencer este obstáculo, en algunos países utilizan las máquinas electrónicas, que con su prodigiosa memoria, suministran una información completa y rápida del cúmulo de datos solicitados, dejándole al cerebro humano mayor descanso y capacidad para juzgar del resto de las manifestaciones clínicas.¹⁷ Para llegar a estos resultados se requiere enseñar a las computadoras electrónicas, simuladoras de la inteligencia, los datos correspondientes con toda exactitud. En los Estados Unidos y en Francia¹⁸ se han utilizado los cerebros electrónicos para ayudar a los cerebros humanos en la resolución de problemas de diagnóstico y probablemente su uso se extenderá en todas

partes con nuevas aplicaciones en las ciencias médicas.

En los últimos decenios el pensamiento filosófico del Padre Teilhard de Chardin, ha ejercido gran influencia y ha sido muy comentado en algunos círculos intelectuales. Este investigador encaminó sus actividades científicas al estudio de la Paleontología humana. Por su visión del pasado ha podido seguir la evolución del pensamiento de la humanidad desde los principios de su historia, y ha trazado la trayectoria que seguirá en el futuro. Este trazo es una curva elíptica, como lo son todas las curvas cósmicas. En la primera etapa ascendente de la curva, el pensamiento gradual de los conocimientos hasta alcanzar las más altos grados de la civilización y del individualismo; es la etapa de la expansión de la personalidad. Al pasar por el ecuador de la curva, que coincide con el fin del siglo xix, comienza el descenso y la humanidad entra en un régimen de unificación y despersonalización; nuestro pequeño yo va desapareciendo al ser englobado en la corriente del pensamiento totalitario, y este proceso de totalización "es irrefrenable puesto que aparece ligado al juego de curvas cósmicas, sobre las cuales carece de acción nuestra voluntad".¹⁹ Estamos colocados en el punto crítico de la curva, y sus primeros y deprimentes efectos se notan, al decir del autor, en la servidumbre del trabajo de las fábricas, en la servidumbre del estatismo político, y en el psiquismo de algunos insectos como en el ejemplo inquietante, por mal comprendido, de las hormigas o de las termitas.²⁰ La

totalización del pensamiento aumentará inexorablemente abatiendo las formas anticuadas del nacionalismo y del individualismo.

En síntesis, el sabio palcontólogo nos muestra la evolución de la humanidad pensante, que partiendo de sus más remotos orígenes, se va elevando para alcanzar su máxima expansión y diversificación en el siglo de las luces, para contraerse después unificando en una sola todas las corrientes del pensamiento. No podemos menos que notar cierta similitud entre su visión panorámica y el panorama histórico de nuestra medicina provinciana; del profundo atraso en que se encontraba en el siglo xvi, la medicina regional continuó su desarrollo hasta alcanzar su plenitud y originalidad en el siglo xix. En los primeros lustros del siglo xx se apreció una ligera declinación, y después vino su paulatina transformación en medicina colectiva.

Algunos médicos se han ido agrupando al establecer sus consultorios en el mismo edificio; otros se han reunido para abrir clínicas de diagnóstico y sanatorios, o para prestar sus servicios en hospitales y en el Seguro Social. Las numerosas sociedades médicas de la ciudad, una para cada especialidad, se han reagrupado en una sola asociación, la Asociación Médica de Jalisco, con sede en la Casa del Médico, que fue construida ex profeso para ese fin. Otras sociedades de distintos rumbos del Estado se han ido afiliando a la Asociación. Una sociedad médica internacional, desde hace 5 ó 6 años, está sesionando alternativamente en Jalisco y en Arizona. El acercamiento de los

grupos médicos prosigue, como si estuviera impelido por una fuerza coercitiva que fomentara la unificación.

La unión y la convergencia de la clase médica aumenta por el intercambio científico de los congresos de medicina nacionales e internacionales. Los nuevos conocimientos adquiridos se han ido asimilando y la práctica de nuestra medicina provinciana ya se asemeja a la de otros centros del país y extranjeros. Aquí puede situarse el fin de una época: la Medicina del Estado de Jalisco deja de ser autóctona, para formar parte del conglomerado de la Medicina Internacional.

REFERENCIAS

1. Agustín de la Rosa: *La instrucción en México*. Editores I.T.G. Guadalajara. pág. 34, 1952.
2. Luis Pérez Verdía: *Biografías*. Ed. I. T. G. Guadalajara, pág. 52, 1952.
3. Luis Pérez Verdía: *Historia particular del Estado de Jalisco*. 2a. edición Tomo II, pág. 1, 1951.
4. José Cornejo Franco: *Documentos referentes a la fundación de la Universidad de Guadalajara*. Ed. de la Univ. de Guad. pág. 15, 1942.
5. Amado Ruiz Sánchez: *Antonio Alcalde, el fraile de la calavera*. Ed. Univ. de Guad. pág. 138, 1942.
6. Juan B. Iguíñiz: *Guadalajara a través de los tiempos*. Editorial Jus. México, Tomo I pág. 180, 1950.
7. Agustín Rivera: *La Filosofía en la Nueva España*. Lagos, Jal., pág. 210, 1885.
8. Ernesto de Vigneaux: *Viaje a Méjico*. Ed. Banco Industrial de Jalisco. pág. 43, 1950.
9. *Boletín de la Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geología y Estadística*. Tomo VIII Núms. 1 al 6, pág. 269, 1943-45.
10. Phro. Severo Díaz: *Bol. ibid.* Núm. 6.
11. *Datos de los archivos del Dr. Ayala y del semanario "El Domingo"*. De Manuel Puga y Acal: Una operación quirúrgica del Dr. Ayala. Guadalajara, diciembre 31 de 1899.
12. J. E. Ramos Meza: *La medicina en Jalisco*. Ed. del I.T. de la Univ. de Guad. 1954.
13. Ramiro Villaseñor y V.: *Bibliografía Gral. de Jalisco*. Ed. del Inst. Técn. de la Univ. de Guad. Tomo I pág. 66, 1958.
14. Luis Pérez Verdía: *Op. cit.* Historia. Tomo III. pág. 670.
15. León Chertok: *L'Hypnose. Medicine de France*. Núm. 164. pág. 8, Julio 1965.
16. Ignacio Chávez: *México en la cultura médica*. Tall. Gráf. de la Nación, pág. 181, 1947.
17. T. D. Sterling y J. Nickson: *Is Medical Diagnosis a General Computer Problem*. J.A.M.A. Vol. 198 pág. 281, Oct. 17, 1966.
18. G. Richet y C. Bohuon: *Revue Française d'et. Clin. et. Biol.* Vol. X. No. 10 pág. 1018, Dic., 1965.
19. P. Teilhard de Chardin: *La aparición del hombre*. E. Taurus, Madrid 3a. ed. pág. 340, 1963.
20. Paul Grenet, Teilhard de Chardin: *Editions Seghers* Grance, pág. 210, 1963.